

6. Así pasaron los días felices de su vida conyugal en el ejercicio de las virtudes propias de este estado. Pero llegaron ¡ay! los amargos días de luto por la muerte de su querido y santificado esposo, y, sin descuidar un punto los deberes maternos, llegados sus hijos á mayor edad y siempre dignos de tan santa madre, Eduvigis se entrega de lleno á la santificación de su viudez tomando el hábito en el monasterio de que era fundadora. ¡Ah! pero ¡con qué fervor, con cuánto anhelo se consagra la santa viuda, ya esposa de Cristo, á la práctica de la perfección evangélica! No sabe ya contentarse con el ejercicio de las virtudes ordinarias, aspira á las virtudes heroicas, á la imitación perfectísima del divino modelo, á la santidad de los grandes discípulos de la escuela de Cristo. Purificado enteramente su corazón de cuanto en él pudiera albergarse de imperfección humana por medio de una asidua contemplación de las perfecciones divinas, acrisolado y robustecido su espíritu con la maceración de la carne, sus virtudes se elevan á la altura de la verdadera mujer fuerte, según el nuevo ideal del Evangelio, según el tipo de María; pero sobre todo su caridad se agiganta y se dilata con una fuerza de expansión extraordinaria. No es ya Eduvigis la dama aristocrática que alarga con mano generosa un pan al pordiosero sentado á las puertas de su palacio, es la heroína que todo lo arrostra por el bien de sus hermanos los pobres, sin distinción de clases ni de razas, es la amable consejera, la maestra cariñosa, la abnegada servidora del mendigo, la enfermera que sirve de rodillas á los leprosos y les cura las llagas con sus besos, es, en fin, la madre de los desgraciados, el ángel de la caridad sobre la tierra. ¡Qué espejo de sobrehumanas virtudes! ¡Qué fortaleza de heroína cristiana! Detengámonos, hermanos carísimos, á saborear con la consideración algunos pormenores de la caridad de Eduvigis.

7. Gustoso cedo aquí la palabra á un piadoso y elocuente biógrafo que se expresa en los siguientes términos: «¿Quién podrá explicar el fervor, continuación y perseverancia de su oración, y aquella ternura y devoción con que de noche y de día se entregaba á su Amado y se abrazaba con Él, y le tenía apretado, y no le dejaba hasta que le diese su bendición? Y Él se la daba tan copiosa que muchas veces, estando orando, fué vista levantada en el aire, rodeada de clarísima luz, con un rostro angelical, y algunas arrobada y trasportada en Dios, sin sentido, como muerta. Oía misa, vísperas y maitines en la iglesia y con música y solemnidad, y por muchos lodos ó nieves que hubiese, no dejaba de ir á la iglesia, aunque estuviese lejos, y cuando los oía (si no era cosa forzosa) no consentía que ninguno le hablase en la iglesia, porque decía que aquélla era casa de Dios y de oración. Oía todas las misas que podía, y procuraba que hubiese muchos sacerdotes, y hacía venir de otras partes para oír muchas. . . . Cuando había de comulgar eran tantas las lágrimas que derramaba, tanto el cuidado de aparejarse, arrodillarse, postrarse y pedir favor al Señor, que no podía dejar de pegar devoción y reverencia del Santísimo Sacramento á cualquier persona que la miraba.»¹ Y ¿qué diré de su devoción á la Santísima Virgen, con quien tenía dulce trato y suavísimos coloquios, y cuya imagen llevaba consigo en la mano, tan apretada que ni cuando murió se la pudieron quitar? ¿Qué de la piedad con que meditaba en la pasión y cruz de Cristo nuestro Redentor, que era todo su regalo, venerando con suma devoción cualquier cosa que representara aquel misterio? No es de maravillar que á tanta piedad y amor de Eduvigis correspondiese el benignísimo Señor con favores extraordinarios, como el desprender una vez la mano derecha

¹ Rivadeneira, Flos Sanct., Vida de Santa Eduv.

el Crucifijo, echarle su bendición y decirle: «Yo he oído tu oración, tú alcanzarás lo que me has pedido.» Ni me admiro tampoco de que Dios le revelase grandes secretos y hasta le descubriese los ocultos pensamientos de algunas personas, y le comunicase el don de profecía y el de hacer milagros en vida y en muerte.

8. Pero ¿á qué precio, hermanos carísimos, os parece que compraba Eduvigis estos insignes favores? ¡Ah! á precio de sangre generosamente derramada por imitar á Aquel que, con mayor razón que Moisés puede llamarse Esposo de sangre¹. La que para los otros, dice su biógrafo, era tan blanda, benigna y piadosa, para consigo era rigurosa, y de una vida tan áspera que apenas se puede creer. ¡Qué ayunos, qué abstinencias prolongadas por años enteros, mejor dijéramos por toda la vida! En la cuaresma, adviento y otras épocas del año su alimento era pan y agua, con tanto agrado del Señor que, para manifestarlo, renovó con esta santa mujer el milagro de las bodas de Caná, convirtiendo el agua en exquisito vino. Andaba con los pies descalzos por hielos y nieves en aquellos climas intolerables de Polonia; mas era tanto el fuego del amor divino que ardía en su corazón, que redundaba en todo el cuerpo y daba calor á las huellas que dejaba, como lo experimentó su doméstica. ¿Qué decir de sus otras asperezas, más propias para la admiración que para la imitación? Ásperos cilicios á raíz de las carnes, cintas de muchos nudos tan apretadas que se hundían y entraban en el cuerpo con agudos dolores de la Santa, vigiliadas de casi toda la noche, disciplinas de sangre que mejor podrían llamarse carnicerías que hacía de sí á fuerza de crueles azotes descargados no sólo por manos propias sino por ajenas y hasta por manos de los demonios, permitiéndolo así Dios para mayor corona y merecimientos de

¹ Ex. 4, 26.

su sierva. . . . ¿Quién es capaz de describir tantos rigores? Nuestra sensibilidad, mejor diré, nuestra sensualidad se asusta y estremece á la sola idea de la maceración del cuerpo, y, cierto, no es tan delicado ni tan acostumbrado al regalo como podía serlo el de una princesa de regia estirpe, criada y educada en las mejores cortes de Europa. ¿Qué esperanza tenemos, amados oyentes, de arribar á la cumbre de la perfección evangélica cuando tanto horror y repugancia nos inspira la mortificación de Cristo? ¿hay otro camino para la santidad fuera del camino real de la santa cruz? Estemos persuadidos de que sin abrazarnos con ella no llegaremos á ejecutar nada grande, nada heroico en género de obras de misericordia, como las que ejecutó la admirable Santa á quien podemos considerar como uno de los grandes modelos de caridad que han florecido en la Iglesia.

9. Aunque ajustada en un todo á las reglas de la vida monástica, optó por conservar el dominio y la administración de sus cuantiosos bienes; y ¿sabéis por qué motivo? Impulsada por la caridad, por el deseo de hacer mayor bien á los pobres de sus Estados y acudir mejor al remedio de sus necesidades. Ella que nada gastaba en su persona, rehusando hasta el vestido nuevo aunque modestísimo, todos sus caudales los derramaba á manos llenas entre los hambrientos y necesitados. Ni se desdeñaba de sentarse á la misma mesa con los pobres, antes bien ellos habían de comer primero sirviéndoles ella de rodillas, y no gustaba de beber sino en el mismo vaso que lo hubiera hecho el más miserable de sus comensales. En reverencia de Cristo y sus apóstoles, tenía siempre consigo y llevaba á dondequiera que fuese, trece pobres de los más necesitados, á quienes regalaba con mayor esmero y cuidaba de dar posada y servía por sí misma, quitándose de la boca el bocadillo más rico para que ellos lo gustasen. ¡Oh caridad sublime y verdaderamente maternal! ¡Cuán

desemejantes á éstos son los actos de caridad al estilo del día! ¡cuán lejos estamos de la caridad de los santos! Y no contenta con socorrer de esta manera á los mendigos, la compasión de esta magnánima princesa se extendía al socorro y consuelo de todo género de personas afligidas y desconsoladas. Lo diré con las hermosas palabras del escritor antes citado: Era madre de los huérfanos, amparo de las viudas, albergue de los peregrinos, libertadora de los presos, rescatadora de los cautivos, remediadora de los adeudados, refugio y puerto seguro de los que padecían alguna tormenta ó habían dado al través. Su tierno y amoroso corazón no le permitía ver llorar á nadie sin que ella derramase muchas lágrimas, pudiendo asegurar como el Apóstol: *Quis infirmatur et ego non infirmor?*—«¿Quién hay que padezca, que no me haga padecer á mí?»¹ Después de esto ¿quién no ve cuán sólido cimiento tiene la confianza de los devotos en la protección de tan gran Santa? Es lo que vamos á considerar brevemente para infundir nuevos alientos en el angustiado corazón de los que pone á prueba la desgracia, como acontece á tantos en el mundo.

II.

10. Imagen viva de la Providencia, Santa Eduvigis, á su paso por la tierra, hoy ese astro refulgente, colocado en el lugar del firmamento que corresponde á sus insignes virtudes, yo no dudo que irradiará los más benéficos destellos sobre los seres predilectos de su corazón, sobre los que el mundo apellida desgraciados. Ella que amó tanto á los pobres, cuando moraba en la tierra, ¿no los amará también ahora que reina en el cielo? ¿Habrà mudado tanto su condición? No es posible, carísimos hermanos. Ó ¿será por ventura que no conoce ya nuestras

¹ 2 Cor. 11, 29.

miserias, en aquella región de perfecta bienaventuranza, donde no hay lugar á pena ni dolor aun por las desventuras ajenas? Mas no es preciso que sufra ningún género de pesar para que se apiade de los necesitados que la invocan y hacen llegar hasta ella sus clamores. Bien pudiera la ilustre Santa dirigirnos aquellas palabras con que el Salvador tranquilizaba á sus apóstoles: *Creditis in Deum, et in me credite*¹—«Si creéis en la Providencia, creed también en mí que soy su instrumento favorito. Lo fui durante mi peregrinación terrestre, y ¿no lo seré en la patria donde tengo inmensos tesoros para socorrer á mis queridos clientes?» En efecto, cristianos, nunca estuvieron los santos en mejores condiciones para favorecernos que allá donde ven claramente en la esencia divina nuestras necesidades y disponen de la omnipotencia del ruego para procurarles remedio. Abracemos con amor el delicioso dogma de la eficacia de la intercesión de los santos, sobre todo de los que están cerca de Dios en posesión de la bienaventuranza. ¿Qué dogma puede haber más razonable? Siendo la providencia divina el gobierno del mundo en los dos órdenes, natural y sobrenatural, podríamos dicurrir de esta manera: Así como el Criador no se desdeña de emplear la cooperación de las causas segundas, esto es, de las mismas criaturas, para producir los magníficos efectos que admiramos en la naturaleza, así tampoco tendrá por indigno de su poder y sabiduría infinita valerse del concurso de los seres racionales para dispensar sus favores y manifestar su bondad en el orden moral y en el mundo de la gracia. En una palabra, Dios se vale de la actividad del hombre para beneficio del hombre. Los santos, los escogidos de Dios son los depositarios y dispensadores de sus gracias. Si las estrellas del cielo ejercen bienhechor influjo en nuestro planeta², los

¹ Io. 14, 1. ² Gen. 1, 17.

bienaventurados que pueblan las mansiones de la gloria intervienen sin duda en la suerte de los hombres, ayudándoles á recorrer sin tropiezo el camino de su felicidad. *Omnes sancti et sancte Dei, intercedite pro nobis*, exclama la Iglesia—«¡Oh santos y santas de Dios, interceded por nosotros!» Y nosotros, los hijos de la Iglesia, invocamos el auxilio de los santos con tanta y mayor confianza que imploramos el auxilio de los hombres que pueden y quieren darnos la mano en nuestras dificultades.

II. Pero hay otra razón que nos persuade y mueve poderosamente á valernos de la intercesión de los santos, y es la propia gloria con que Dios los corona y recompensa. Nosotros creemos razonablemente que hacer el bien es una dicha, una gran parte de la felicidad no sólo de los viadores sino también de los bienaventurados comprensos, y de éstos con mayor razón porque están en la mansión de la dicha, participando de la misma felicidad de Dios, de quien es hacer bienes á manos llenas. Y tratándose especialmente de corazones tan nobles, de almas tan caritativas como la gloriosa Santa Eduvigis, ¿cómo dudar de que su felicidad no estaría completa, si no fuese, desde el cielo, dueña de derramar los tesoros de su bondad sobre los pobres y afligidos? Y ¿no lo prueban así con irresistible evidencia los innumerables favores dispensados, aun con virtud milagrosa, por nuestra Santa á sus devotos? ¡Qué de milagros no se obraron á la vista del féretro y antes de colocar el sagrado cadáver en el sepulcro! El mismo Pontífice Clemente IV que la elevó á los altares fué testigo de una curación milagrosa, la de una niña ciega, á quien la Santa restituyó la vista repentinamente. Dadle, pues, ¡oh afligidos devotos de Santa Eduvigis! ocasión favorable de acrecentar su gloria accidental, deponiendo á sus reales plantas vuestras angustias y necesidades, con tanta mayor confianza cuanto fueren más apremiantes y difíciles de hallar remedio en

lo humano. *Date ei de fructu manuum suarum*, os diré con el Sabio—«Dejad que goce del fruto de sus manos, que son sus beneficios»; *et laudent eam in portis opera eius*—«y que sus obras admirables proclamen por doquiera la grandeza de sus merecimientos.»¹ Y sobre todo, que el Señor nos conceda por la intercesión de su sierva despreciar las delicias perecederas del mundo, y abrazados á la cruz de Jesucristo, ascender á la mansión de la dicha verdadera, al reino de la bienaventuranza. Así sea.

De Santa Teresa de Jesús, Virgen.

(Predicado en Colombia, 1894.)

Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.

Col. 3, 3.

Vivo sin vivir en mí.

Santa Teresa.

1. No sin viva satisfacción de mi alma, aunque mezclada de temor y desaliento, me atrevo, Reverendas Madres, á dirigiros la palabra desde esta cátedra sagrada en la solemne festividad de vuestra ilustre Madre y Fundadora, Santa Teresa de Jesús. Demasiado sé que el nombre de esta mujer extraordinaria, verdadero prodigio de su sexo, llena el mundo de la fe y también el de la ciencia y de la literatura; que ella ocupa un lugar preeminente en el templo de la historia y que es objeto de universal simpatía y admiración, no sólo para nosotros los que nos honramos con llamarla nuestra por la religión y por la raza, sino también para los extraños, para los que sólo la miran desde el punto de vista natural y humano. Sé también que se han pronunciado en su alabanza cien discursos elocuentísimos, brillantes, por la voz de innumerables oradores sagrados y aun profanos, no sólo en la lengua de Cervantes

¹ Prov. 31, 31.